

NEGRA ESPIRAL: ESTIGMA Y VERGÜENZA EN LOS SUEÑOS DE LUIS VALLE GOICOCHEA

*Barbara Ramos Arce**

Pontificia Universidad Católica del Perú

barbara.ramos@pucp.pe

Fecha de recepción: agosto de 2022

Fecha de aceptación: diciembre de 2022

Resumen: En el presente artículo la autora busca, a través del uso de símbolos y su interpretación, vincular el contenido de los sueños documentados por Luis Valle Goicochea con su experiencia como paciente. Para este objetivo, se revisan los textos “Sueños de un poeta” (1949) y “Angustias y temores” (1949). En ese sentido, consigue identificar fuertes manifestaciones de culpa y vergüenza, afectos que resultan compatibles con el diagnóstico del escritor.

* **Barbara Ramos Arce** es bachiller en Derecho por la Pontificia Universidad Católica del Perú con estudios culminados en Maestría de Derecho Penal en la Universidad San Martín de Porres. Ganadora del Concurso de Improvisación de Cuentos de Arte y Derecho, Facultad de Derecho PUCP (2017), Primer Concurso Juvenil de Blogs Literarios de la Casa España (2009), Primer Concurso Nacional de Cuentos de la Asociación Peruano China APCH (2007), autora de publicaciones en materia de literatura y derecho.



Palabras clave: Vergüenza, alcoholismo, sueños, depresión, Luis Valle Goicochea.

BLACK SPIRAL: STIGMA AND SHAME IN THE DREAMS OF LUIS VALLE GOICOCHEA

Abstract: In this article the author seeks, through the use of symbols and their interpretation, to link the content of the dreams documented by Luis Valle Goicochea with his experience as a patient. For this purpose, she reviews the texts “Sueños de un poeta” (1949) and “Angustias y temores” (1949). In this sense, the author manages to identify strong manifestations of guilt and shame, affections that are compatible with the writer’s diagnosis.

Keywords: Shame, Alcoholism, Dreams, Depression, Luis Valle Goicochea.

*He luchado cuanto he podido, pero al fin me siento sin
ánimos para continuar en la brega conmigo mismo.*
Luis Valle Goicochea. Angustias y temores (1949)

1. Introducción

El trabajo de Luis Valle Goicochea es, en pocas palabras, virtuoso. Esto se vuelve particularmente interesante cuando damos una mirada a su vida personal y a las anécdotas que caracterizaron una existencia que podría ser descrita como melancólica e inestable. Desde el punto de vista de la psicología, tanto su vida como su obra están cargadas de imágenes ricas en simbolismo, de señales de una angustia indescriptible que terminó, eventualmente, en lo que parece ser una muerte de naturaleza algo incierta, existiendo dudas si se trató realmente de un accidente o de un suicidio. Tal como resumiría el profesor Chrystian Zegarra (2012): “La vida y muerte de Luis Valle Goicochea se encuentran envueltas en una nube plagada de imprecisiones” (p. 25). Entonces, Luis Valle Goicochea representa esa imagen del artista torturado, arquetipo que ha sido la base de diversos análisis de escritores, músicos y pintores, como lo fueron en vida Franz Kafka y Sylvia Plath.

Mucho se dice, pues, sobre la vida, aporte y final de aquellos artistas cuyas obras están empapadas de una vida de tragedia y misterio. Antonin Artaud ([1968] 2008) ya

reflexionaba acerca de artistas como Vincent Van Gogh, asegurando que su suicidio no fue un acto libre y voluntario, sino una coacción dirigida por su psiquiatra y la medicina en general (p. 11). Dejo a la reflexión la cuestión si es que, desde nuestro punto de vista contemporáneo y altamente influenciado por ciencias que estudian lo patológico de la mente y el comportamiento, nuestra apreciación sobre los escritores como Luis Valle Goicochea no es, de alguna forma, algo injusta. Si queremos comprenderlo como escritor, no hay mayor elocuencia que la de su propia obra.

En ese sentido, el presente artículo tiene como propósito analizar “Sueños de un Poeta” (1949) desde la psicología y lo simbólico. Este texto representa una faceta mucho más explícita y visceral del escritor, en cuanto sus emociones se ven reflejadas con la cruda sinceridad del mundo de los sueños a tan solo unos años antes de su muerte. Nuevamente es el profesor Zegarra (2012) quien reflexiona acerca de cómo Luis Valle Goicochea es normalmente representado, y menciona una imagen de poeta “tierno, idealista e infantil” que lo ha mantenido lejos de recibir la atención que merece (p. 30). Los motivos probablemente se encuentren en el análisis de poemarios como *Las canciones de Rinono y Papagil* en donde se hacen menciones a elementos como los pájaros, las frutas, las plantas, siempre en una tonalidad agradable, usualmente en referencia a una cotidianeidad rural y armoniosa:

3

Ella vivía en las manzanas, allá arriba
 donde el agua hace chorrera y donde beben
 los pajaritos que acá abajo
 se asustan con los muchachos malos.
 Ella era colorada y linda. Una mañana
 le pregunté si podíamos querernos;
 se asustó la pobre, enrojeció hasta las orejas,
 despacito me dijo:
 — No. ¡Si lo sabe mi papá me pega!
 y escapó a su casa. (1974, p. 28)

Sin embargo, hay algo más allá. Mediante este breve artículo pretendo, además de explorar algunos fascinantes conceptos de la culpa y la vergüenza, dar espacio al estudio

de un lado más oscuro del escritor en ansias de poder comprender mejor su prosa y, en consecuencia, su persona.

2. El llamado del mundo de lo onírico

Mucho se ha escrito de los sueños. Es un tema amplio que es de interés de distintas ciencias y disciplinas, entre ellas la psicología y la medicina, pero, a pesar del paso de los años y los cambios tecnológicos, sigue siendo particularmente complejo. No estamos del todo seguros del propósito de los sueños ni de qué deberíamos hacer con las imágenes, sonidos y sensaciones que nos dejan al momento de despertar. Sin embargo, cuando se trata de los artistas, el llamado del mundo onírico siempre ha estado presente.

El insomnio de Kafka, las continuas pesadillas de Beksiński y el constante culto a los sueños de los románticos y los surrealistas. Bien ya nos decía André Breton ([1932] 2001) en su primer manifiesto: “Querida imaginación, lo que más quiero en ti es que no perdonas” (p. 20). La presencia de lo onírico en el arte es desbordante. Cuando hablamos de literatura existen incontables historias de cómo los y las escritoras más importantes de los últimos siglos utilizaron lo onírico como fuente de constante inspiración que, en muchos casos, se rebelaba contra la mente que los originaba. Es en ese contexto que hablamos de Luis Valle Goicochea, quien estuvo internado en un hospital y, como parte de su terapia, procedió a escribir sus sueños en “Sueños de un Poeta”, los cuales fueron publicados póstumamente en *El Comercio* de Lima en el año 1956.

Tras una minuciosa lectura de estos breves sueños, es interesante cómo pueden encontrarse varios patrones en cuestión de símbolos y afectos mayoritariamente negativos. Por encima de sentimientos como la desesperanza y la soledad, considero que el predominante es la vergüenza, los cuales están estrechamente vinculados con patologías como la depresión y el alcoholismo, afectaciones de las cuales Luis Valle Goicochea era víctima. El principal contenido de este artículo será, pues, la relación que hay entre los símbolos en sus sueños y sus patologías, viendo cómo los primeros se vuelven una vía para entender más del carácter y los conflictos del escritor.

3. La madre

Quisiera comenzar con el símbolo de la madre. En diversos sueños (cuatro, si queremos ser precisos: 1, 4, 16 y 24), Luis Valle Goicochea describe ver a su madre y esta es normalmente descrita en dos matices: uno está vinculado a una figura protectora y protectora mientras que el otro es un símbolo de muerte.

En el primer sueño, por ejemplo, la madre del escritor aparece para llevarlo a un banquete y posteriormente lo aleja de un cuadro de dos monstruos luchando, guiándolo hacia una mesa con comida. De igual forma, en el cuarto sueño, ella aparece rodeada de luz y le da un abrazo, tomándolo del brazo para que la siga:

Paseo la mirada por las paredes y veo varios cuadros. Entre ellos, me llama la atención, uno que representa una niña de pocos años muy parecida a mi hermana menor, y a su lado, dormido, se ve un hermoso perro... Al fondo se dibuja una casita de cuya chimenea sale una delgada columna de humo que dibuja arabescos como señales, que yo quisiera descifrar en vano... Otro cuadro responde al conjunto de dos monstruos que luchan. La escena es salvaje y me sobrecoge y me absorbe. (p. 263)

Hasta este momento podemos notar que hay una clara y bastante natural relación entre la presencia de la madre y el sentirse protegido, guiado, incluso alimentado; sin embargo, esto también se ve contradicho en otros sueños. En el sueño decimosexto su madre aparece muerta, deambulando por una avenida junto a varios desconocidos, mientras que en el sueño vigesimocuarto decide darle la razón a su hermano en una pequeña gresca, causando el rechazo de su hijo.

Tenemos pues, por un lado, a la madre como figura de vida, de luz, de protección y, por el otro, como representación de muerte, luto, rechazo y hasta injusticia. Para Chevalier y Gheerbrant (2018),

... los símbolos de la madre presentan una ambivalencia notable; la madre aparece como imagen de la naturaleza e inversamente; la «madre terrible», como sentido y figura de la muerte. Por esta causa, según la enseñanza hermética, «regresar a la madre» significaba «morir». (p. 462)

Este primer punto es particularmente interesante cuando consideramos que, en los sueños de Luis Valle Goicochea, la madre no suele aparecer como una figura aislada: muy por el contrario, está rodeada de imágenes alusivas al alimento, las flores y las plantas y, por tanto, a la naturaleza y la vida. Bien dice Tresidder (2012) que la figura materna también representa a “la Madre Naturaleza, la tierra y sus aguas, fertilidad, alimento, calor, cobijo, protección, devoción, pero a veces también una imagen de sofocante el amor, el destino mortal y la tumba” (p. 176). El elemento de la muerte, entonces, también está presente. Chevalier y Gheerbrant (2018), por otro lado, nos hacen notar un interesante juego de palabras respecto de la madre:

En este símbolo de la madre se encuentra la misma ambivalencia que en el del mar y la tierra: la vida y la muerte son correlativas. Nacer es salir del vientre de la madre; morir es retornar a la tierra. La madre es la seguridad del abrigo, del calor, de la ternura y el alimento; es también, por contra, el riesgo de opresión debido a la estrechez del medio y al ahogo por una prolongación excesiva de la función de nodriza y de guía: la *genitrix* devorando al futuro genitor, la generosidad tornándose acaparadora y castradora. (p. 1693)

Podemos notar, pues, que la figura de la madre está muy presente en los sueños y pesadillas de Luis Valle Goicochea, siendo una figura dual que representa tanto la vida como la muerte, patrón que de alguna forma también se ha visto presente en su obra y en su vida personal. Por un lado, las circunstancias lo llevaron a ser el poeta soñador y, por otro, el artista torturado. Fue en “Angustias y Temores” que el propio Valle Goicochea escribía: “Diversas circunstancias (afán de aparentar) me han obligado a hacerme una máscara. Muchas veces soy un alegre artificial” ([1949] 2012b, p. 293). Ahora bien, es interesante notar que la figura de la madre se manifiesta en otros símbolos a lo largo de sus sueños, principalmente aquellos referidos a la naturaleza. Como veremos más adelante, estos, a su vez, también continúan con un patrón de dualidad.

4. La hostil y acogedora naturaleza

Quisiera comenzar por el primer sueño. En este viaje al mundo onírico, Luis Valle Goicochea describe estar sediento y hambriento debajo de un hostigador sol hasta que divisa un árbol que él mismo describe como “el árbol de mi esperanza” ([1949] 2012a, p. 263):

¡Qué hambre el que me atenaza las entrañas! ¡Y qué sed me devora! Voy bajo un sol ardiente, por una tierra reseca y hostil... Apenas puedo dar un paso y me cruzo con personajes extraños. Con la garganta reseca, desfallecido, pretendo hablar y la voz se me apaga... Nadie de los que encuentro me dirige una mirada siquiera. Parece que no advirtieran mi presencia. Al fin distingo un árbol. Hago un esfuerzo y aprieto el paso, cuanto me lo permiten mis escasas fuerzas... Tendré un poco de sombra, el sol quema, la sed abraza... Pero es como si el árbol, y con el árbol mi esperanza, se alejara... Camino pero no avanzo... Me desaliento y, sin embargo, prosigo en la ruta. Quisiera encontrar algo en cuya contemplación pudiera hallar distracción y alivio... Matas de cardones se propagan por todas partes y enseñan sus lores chamuscadas, erizadas de púas, crispadas por un torvo designio. (p. 263)

Podemos decir que el sol es parte de la raíz de todo simbolismo: para los griegos, representaba el estar vivo, como bien diría Homero en la *Iliada* y Plutarco en *Aetia Romana*, entre otras referencias (Ferber, 2007, p. 210). Además, es un símbolo de la masculinidad por antonomasia (1988, p. 353). En el caso de los sueños de Valle Goicochea, sin embargo, se presenta como una fuerza sofocante, cosa que puede verse tanto en el primer con el tercer sueño: “Paso a paso avanzo en el mar y me hundo en su refrigerio. Arde un sol extraño en el cielo. Un sol que es como una llamarada palpitante, amarillo azufre...” (2012a, p. 265).

En ambos escenarios el poeta busca desesperadamente un alivio que normalmente llega en forma de la figura de la madre o el agua. Se puede apreciar que el agua también es un elemento relacionado a la pureza, el nacimiento, la regeneración; entonces, existe una búsqueda inconsciente hacia lo prístino, lo pulcro y que de una u otra forma es interrumpida por elementos hostiles.

Curiosamente, en el primer sueño, el poeta recibe un escarabajo por parte de su madre. Dentro de lo simbólico, el escarabajo representa lo cíclico del sol y la resurrección (Chevalier y Gheerbrant, 2018, p. 1160). Es casi conmovedor que sea su madre la que le ofrezca esta señal, como una oportunidad de regeneración y nuevo comienzo. Valle Goicochea se ve frente a un banquete lleno de comida y bebidas, así como de una serie de cuadros donde el más llamativo guarda a dos monstruos peleando.

Ahora, la figura del monstruo, aunque de aparición breve, también guarda una estrecha relación con el contexto del sueño y los símbolos que hemos visto hasta el momento: los monstruos suelen ser presentados como guardianes, obstáculos que guardan tras sí algún tesoro o logro loable y, en ese sentido, representan la superación de un terror (p. 1814). No obstante, el poeta no enfrenta las imágenes que le producen tanto desagrado, sino que es nuevamente guiado hacia otro lado por su madre, figura que en todo momento protege, cuida. Al momento de querer comer un pan con morcilla, descubre un gusano negro y peludo con boca de reptil. ¿Qué es, pues, esta criatura desagradable que interrumpe su alimento? La muerte, una referencia a la podredumbre, lo subterráneo y lo inferior (Cirlot, 2021, p. 400). Su madre le trae un vaso de agua cristalina que cae de sus manos. A lo largo del sueño, Valle Goicochea intenta acercarse a lo puro, lo resucitador y lo que podría representar la oportunidad de una nueva vida y, en todos sus intentos, es interrumpido por señales mortíferas. El monstruo, el gusano, la copa rota.

En el cuarto sueño pasa algo similar: la madre de Valle Goicochea lo guía a través de un jardín, le pide observar un rosal y admirar la hermosura de la planta hasta que aparece una serpiente en medio de la vegetación. En principio, es uno de los símbolos animales más antiguos que existen y tiene una naturaleza dual, tanto de muerte, por su veneno, como de rejuvenecimiento, por el cambio de piel (Tresidder, 2012, p. 241). Estas escenas son seguidas de dos reproches: el primero por parte de su madre, quien le recrimina no haber pasado más tiempo con ella y, el segundo, por su profesor, el doctor J, quien regaña al poeta por la dureza de sus palabras en el pasado. La escena termina con un Valle Goicochea cayendo en un jardín y sintiéndose profundamente triste.

Es interesante notar que la imagen del jardín y la vegetación estará muy presente a lo largo de sus sueños, de igual manera que la madre, el agua y las sensaciones de miedo. El jardín está presente en el primer, cuarto y decimoquinto sueño, siendo siempre escenarios de una aparente calma que a veces es interrumpida por un elemento mortífero o la simple tristeza. En ese sentido, el jardín representa el ciclo de nacimiento-vida-muerte (De Vries,

1976, p. 369), un lugar de paz relacionado al paraíso cristiano (Ferber, 2007, p. 83), lugar de amor que se opone a lo salvaje de los bosques o el terreno sin explorar (Tresidder, 2012, p. 113), un lugar de orden donde la naturaleza se somete (Cirlot, 2021, p. 444), y, finalmente, como representación de un deseo puro carente de miedos y ansiedades (Chevalier, 2018, p. 1523). Nuevamente, podemos ver que los sueños de Valle Goicochea, hasta este punto están rodeados de referencias a la naturaleza como símbolo de orden, control y protección, pero también donde esta tiene un papel disruptivo.

Otras referencias relacionadas a la naturaleza están en los animales. Hemos visto la presencia del gusano y la serpiente, pero hay un sueño en particular en donde la figura de la bestia toma un papel importante. En un texto sin fecha, el número dieciséis del diario, Valle Goicochea nos describe la escena de un río lleno de peces a disposición de los visitantes y de él mismo:

Al fin llegamos al sitio propuesto, y oh sorpresa, allí podemos ver que las aguas claras, poco profundas por lo extendidas y mansísimas llevan una cantidad increíble de peces que pasan entrechocándose. Rutila bajo la luz solar la plata de sus cuerpos y es tal su cantidad que son mucho más ellos que el caudal de las aguas. Se aprietan, dibujan gráciles escorzos y por un momento imaginan que van a detener la corriente que apenas puede llevarlos. (p. 274)

La pesca resulta infructífera, pero el transcurso del sueño es interrumpido por la presencia de dos toros que lo persiguen hasta que son tragados por la tierra. Dentro de sus diversos significados, “los toros indómitos simbolizan el desencadenamiento sin freno de la violencia” en la tradición griega (Chevalier y Gheerbrant, 2018, p. 2524), así como símbolos de poder debido a su constante aparición en las culturas paleorientales (Cirlot, 2021, p. 744). Resulta pues, bastante elocuente, que el sujeto sea perseguido por lo que son evidentes figuras de lo salvaje, lo masculino y el descontrol antes de ser transportado mágicamente a una avenida en donde, por supuesto, está la figura de la madre muerta, la cual busca sin resultados. Esto cobra aún mayor sentido cuando vemos que, efectivamente, al momento de escribir dichos textos, se encontraba en un proceso donde intentaba alejarse de los vicios que lo llevaron a ser internado en un sanatorio: vemos de manera bastante gráfica una persecución por parte de lo violento y lo desbordante que culmina, nuevamente, en la búsqueda por un pilar de estabilidad representado por la figura materna. Un escenario

similar ocurre con la figura del caballo en el quinto sueño, el cual corre sin control mientras Valle Goicochea (2012a) intenta mantenerse en la silla hasta que cae inevitablemente:

Cuando me traen el caballo, de un salto lo cabalgo. Arranca el animal con un trote regular y donairoso. Poco a poco, muy lentamente aumenta su velocidad, hasta competir con el viento: se desala y me lleva de peligro en peligro... A campo traviesa vamos por campos erizados de obstáculos: arbustos espinosos, rocas filudas, lianas que tienden sus tallos de árbol a árbol... Hay un momento en que ya casi no puedo mantenerme en la silla: es cuando nos aproximamos a un río caudaloso que hemos de surcar... Voy a ser despedido de la cabalgadura y una providencia invisible me protege; ello se repite hasta que llega un momento en que es inevitable la caída. (p. 267)

5. Manifestaciones de estigma, miedo y vergüenza

Toda la información aportada por los símbolos presentes en los sueños del escritor guarda estrecha relación con los afectos presentes no solo en otras experiencias oníricas sino también en sus propios recuerdos presentes en escritos como “Angustias y Temores” de 1949. A lo largo de las primeras secciones hemos podido arribar a algunos puntos importantes como por ejemplo la importancia de la figura materna para Valle Goicochea y la constante persecución de lo animal, salvaje y desbordante, así como una asfixiante aura de muerte. No obstante, un afecto transversal a la mayor parte de sus sueños es el miedo, la culpa y la vergüenza. En esta oportunidad nos vamos a concentrar en estas dos últimas.

Desde un punto de vista bastante intuitivo, la culpa y la vergüenza parecen ser sinónimos, pero la verdad es que guardan un nivel importante de complejidad a nivel conceptual que tiene que ver, principalmente, con la psicología y el psicoanálisis. En principio:

Los teóricos de la vergüenza actuales y la investigación empírica sugieren que la vergüenza es una de las llamadas emociones autoconscientes (M. Lewis, 1992), porque implica principalmente una evaluación del yo. Se cree que la vergüenza es una emoción incapacitante que se acompaña del sentimiento de ser pequeño, inferior y de encogerse. El yo, como un todo, se devalúa y se considera inadecuado, incompetente y sin valor. La vergüenza también puede

implicar el sentimiento de ser expuesto, condenado y ridiculizado (Tangney, Stuewig y Mashek, 2007; Vikan, Hassel, Rugset, Johansen y Moen, 2010). (Sedighimornani, 2018, p. 76)

En ese sentido, como bien diría Kaufman, la vergüenza es “inevitablemente alienante, aislante y profundamente perturbadora” (2004, p. 17). Es un afecto acompañado de una sensación de encogimiento, inutilidad e impotencia y no necesariamente requiere de un público que emita dicho juzgamiento, sino que se concentra en la existencia misma del yo como imagen defectuosa ante los otros (Price y Dearing 2002, p. 18). La culpa, por otro lado, tiene una naturaleza bastante distinta:

Lewis (1971) vio la culpa como una experiencia típicamente menos dolorosa y devastadora que la vergüenza porque, en la culpa, nuestra principal preocupación es con un comportamiento particular, algo separado del yo. Entonces, la culpa no afecta la identidad central o el concepto de uno mismo. Sin embargo, los sentimientos de culpa pueden ser dolorosos. La culpa implica una sensación de tensión, remordimiento y arrepentimiento por lo “malo” que se ha hecho. Las personas que se encuentran en medio de una experiencia de culpa a menudo reportan un enfoque persistente o una preocupación por la transgresión, pensando en ella una y otra vez, deseando haberse comportado de manera diferente o de alguna manera poder deshacer el hecho. (Price y Dearing, 2002, p. 19)

De esta forma podemos trazar algunas similitudes pero también diferencias fundamentales entre la vergüenza y la culpa. En principio, ambas son emociones vinculadas a la noción del yo y, a diferencia de las emociones básicas como la felicidad, la tristeza o miedo, no tienen una manifestación física universal (como las expresiones del rostro) ni tienen una experiencia común en distintas culturas (Sedighimornani, 2018, p. 77).

En el caso del psicoanálisis y en particular, de Freud, la mayor parte de sus trabajos en la materia se concentran más en la culpa que en la vergüenza, por lo que se debe recurrir a otros autores en la materia. Helen. B. Lewis, por ejemplo, es una psicoanalista a quien le debemos, en buena parte, mucho del desarrollo conceptual de la vergüenza y su función en el desarrollo de la psiquis humana. Ella realizó una serie de investigaciones respecto a

cómo las personas experimentan tanto la vergüenza como la culpa y llegó a la conclusión que, por un lado, la vergüenza tiene un énfasis en el yo, mientras que la culpa se concentra en un acto o conducta. Se dice que la culpa es la consecuencia de una colisión entre el yo y el superyó, mientras que la vergüenza aparece como un choque entre el yo y el ideal del yo (Price y Dearing, 2002, p. 13).

Considero que debemos de concentrarnos, más que nada, en el papel que tiene la vergüenza en algunos de los sueños y anécdotas de Luis Valle Goicochea. Como bien dice Kaufman (2004), “la vergüenza es el afecto de inferioridad ... es una herida hecha desde adentro, que nos separa de nosotros mismos y de los demás” (p. 16). En ese sentido, la vergüenza no solamente es un afecto que se desarrolla desde la propia noción de uno mismo cuando es comparado con un ideal muchas veces empujado por las nociones de éxito y bonanza de la sociedad en la que nos encontramos, sino también es un afecto alienante.

Los símbolos que hemos visto en los primeros sueños de Valle Goicochea son bastante elocuentes respecto a esta distorsión que tiene el escritor sobre su propia persona y cómo parece ser constantemente perseguido por este lado oscuro, bestial y desbordante que representa, al fin y al cabo, impulsos de los vicios que lo aquejaban en la realidad. Ocurrió en el primer sueño, cuando es interrumpido por un gusano negro con boca de reptil, en el cuarto, cuando encuentra una culebra en medio de la vegetación, y en el decimosexto, cuando es perseguido por dos toros bravos. Hay una búsqueda por el control y una añoranza hacia la estabilidad que es normalmente presentada bajo la figura materna.

Otros sueños dentro del diario refuerzan esta visión distorsionada de uno mismo o la sensación de ser perseguido, acosado por algo. Al respecto, el noveno sueño es bastante elocuente: el poeta se encuentra frente a un grupo de personas que le piden explicaciones acerca de un tema que desconoce, se encuentra ansioso al no entender el motivo del interrogatorio y teme, a pesar de esto, ser condenado. Hay algo abstracto, como una entidad invisible, que acecha a Valle Goicochea y se manifiesta mediante el juicio del resto. Esta escena se repite en el decimonoveno sueño en donde nuevamente tenemos a un grupo de personas que hablan y buscan a un culpable. Valle Goicochea contesta con miedo y confusión, sobre todo cuando comienzan a observarlo. En el vigesimotercer sueño, luego de presenciar a una bestia horrible, Valle Goicochea es acusado de algo desconocido por un grupo de amigos, cosa que ocasiona su llanto.

Como podemos ver, estos sueños comparten un afecto claramente negativo y que hacen que el sujeto, en este caso el escritor, se sienta observado, juzgado e inclusive inferior

ante los confusos escenarios hacia los que se tiene que enfrentar. De la misma manera en que en los primeros sueños se tiene que enfrentar con alguna manifestación hostil de la naturaleza, en estos viajes oníricos debe hacerle frente a la condena y juzgamiento del resto. Esta sensación de ser constantemente observado también puede verse en el décimo cuarto sueño en donde acompaña a unos hombres de apariencia extraña y siente la vergüenza de caminar a su lado mientras la gente los observa y sonrío con malicia.

Es interesante ver que todos estos afectos negativos son, de una u otra forma, compatibles no solo con las propias reflexiones de Valle Goicochea sino con la naturaleza de su diagnóstico. La vergüenza es, a su vez, prima cercana del autoestigma (Avery & Avery, 2019, p. 8), fenómeno común en pacientes que sufren de abuso de sustancias como el alcohol. Existe, pues, una relación entre estigma, vergüenza y adicción en el caso de Valle Goicochea. La vergüenza nos lleva a una distorsión de la visión propia, un encogimiento al no cumplir las expectativas que uno mismo y, muy por el contrario, presentarse como inferior a las mismas. En el caso del abuso de sustancias, estamos en un escenario donde la vergüenza invade el plano de la identidad y no solo de las relaciones con el resto. A saber:

La vergüenza que experimentan las personas con SUD se extiende más allá de la culpa que sienten por acciones específicas; es la vergüenza de quienes son. Como dijo originalmente Goffman, los efectos del estigma van más allá de las presentaciones en situaciones de la vida cotidiana (desacreditaciones temporales de la identidad, como momentos vergonzosos), hasta el expolio permanente de identidades completas. El cambio de identidad en la mente de los demás significa que el estigmatizado cambia de estatus de ser "... una persona completa y habitual a una persona contaminada y menospreciada" (Goffman [16]: 3). Este proceso continúa en el autoestigma cuando la persona se aplica a sí misma tal pérdida de estatus, llegando a aceptar (aunque sea tácitamente) que lleva las marcas del tipo deshonorado. (p. 8)

Si vamos a los diarios de Valle Goicochea vemos que él mismo manifiesta, en puntual, dos situaciones: la primera es la constante sensación de ser observado y juzgado y, la segunda, la dura relación que llevaba consigo mismo. En "Angustias y Temores" (1949), él cuenta sentir un miedo inexplicable al oír los pasos de alguien, el sentir la angustia y terror ante una amenaza invisible, además de estar pasando por "una brega" consigo mismo,

acompañado de una profunda sensación de culpabilidad ([1949] 2012b, pp. 290-291). En ese sentido, podemos ver que los símbolos encontrados en los sueños primigenios son el vivo reflejo de esta distorsión en la identidad que ocurre como consecuencia de una vergüenza internalizada y convertida en autoestigma.

6. Conclusiones

Siempre hemos de sorprendernos por la elocuencia de los sueños. La aparición de símbolos y su relación con distintas disciplinas puede abrir una puerta para teorizar sobre el tren de pensamiento de artistas. Considero que este tipo de ejercicios son no solo hartos interesantes sino que pueden ayudar a descubrir nuevas fases de aquellos autores sobre los cuales, por cualquier razón, no llegaron a recibir la merecida atención en su momento. Se ha difundido la imagen de Luis Valle Goicochea como el poeta idealista y tierno, pero poco se habla sobre los tormentos por los que pasó debido al abuso de sustancias, el insomnio y la depresión que describía en su diario de sueños y reflexiones durante su internamiento.

No obstante, este silencio acerca del lado más oscuro del escritor, una revisión de sus sueños desde la perspectiva de la psicología, nos da más luces acerca de sus conflictos internos y del papel tan importante que ocupaba la vergüenza en un hombre que intentaba acercarse a la estabilidad inclusive en el mundo onírico, pero que era arrastrado hacia el punto de inicio. Se guarda la esperanza, pues, que la inmersión en los símbolos de los sueños del escritor y una perspectiva desde lo patológico, sirva para ampliar nuestro entendimiento acerca de él mismo como persona y, cómo no, como artista.

Referencias

- Artaud, A. ([1968] 2007). *Van Gogh el suicidado por la sociedad*. Katharsis.
- Avery, J. & Avery, D. (2019). *The Stigma of Addiction: An Essential Guide*. Springer.
- Breton, A. (2001). *Manifestos del surrealismo*. Editorial Argonauta.
- Cirlot, J. E. (2021). *Diccionario de los símbolos*. Ediciones Siruela.
- Chevalier, J. y Gheerbrant, A. (2018). *Diccionario de los símbolos*. Titivillus.
- De Vries, A. (1976). *Dictionary of Symbols and Imagery*. North-Holland Publishing Company.

- Ferber, M. (2007). *A dictionary of literary symbols*. Cambridge University Press.
- Kaufman, G. (2004). *The Psychology of Shame: Theory and Treatment of Shame-Based Syndromes*. Springer.
- Munévar, M. C, Pérez, A. y Guzmán, E. (1995). Los sueños: su estudio científico desde una perspectiva interdisciplinaria. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 27(1), 41-58.
- Sedighimornani, N. (2018). Shame and its Features: Understanding of Shame. *European Journal of Social Sciences Studies*, 3(3), 75-107.
- Tresidder, J. (2012). *Symbols and their meanings*. Duncan Baird Publisher.
- Valle Goicochea, L. (1974). *Obra poética* (A. Miró Quesada, Pról.; F. Izquierdo Ríos, Comp.). Instituto Nacional de Cultura.
- Valle Goicochea, L. (2012a). Sueños de un Poeta. *Los zapatos de cordobán. Escritos en prosa (1928-1949)* (L. Valle Cisneros y C. Zegarra, Eds.) (pp. 259-281). Editorial San Marcos.
- Valle Goicochea, L. (2012b). Angustias y Temores. *Los zapatos de cordobán. Escritos en prosa (1928-1949)* (L. Valle Cisneros y C. Zegarra, Eds.) (pp. 290-298). Editorial San Marcos.